

NEW LEFT REVIEW 99

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2016

ENTREVISTA

JULIA BUXTON Venezuela después de Chávez 7

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN ¿Una era de progreso? 30

JOACHIM BECKER La otra periferia de Europa 42

MANALI DESAI Violencia de género en India 71

RODRIGO OCHIGAME Y

JAMES HOLSTON Filtrar la disidencia 90

SVEN LÜTTICKEN El arte y la crisis del valor 118

CRÍTICA

ECE TEMELKURAN El modelo turco 146

NICHOLAS DAMES Ficciones del capital 157

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

ts
td traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

CRÍTICA

Cihan Tuğal, *The Fall of the Turkish Model: How the Arab Uprisings Brought Down Islamic Liberalism*, Londres y Nueva York, Verso, 2016.

ECE TEMELKURAN

¿YA BASTA PARA ORIENTE MEDIO?

Si se filmara el libro de Cihan Tuğal como un *thriller* político, la secuencia antes de los créditos sería algo así: George Bush, sobre el fondo del puente del Bósforo, pronuncia en la cumbre de la OTAN de 2004 en Estambul un discurso en el que anuncia el descubrimiento de una cura para el islamismo radical. Como comandante en jefe de la «guerra contra el terrorismo», Bush tiene un mensaje elogioso para su anfitrión turco: «Su país es un modelo para los demás, y como puente de Europa con el resto del mundo, su éxito es vital para un futuro de progreso y paz en Europa y en el Oriente Próximo». El «modelo turco», como combinación perfecta del islam moderado con la democracia de corte estadounidense, permitiría evitar que un fundamentalismo peligroso arraigara en Turquía. La cámara mostraría a la audiencia una panorámica de líderes occidentales que aplauden con entusiasmo al primer ministro Tayyip Erdoğan, cuyo gobierno representa todas las cualidades del liberalismo islámico propicio a la OTAN, que esperaban que echara raíces en Oriente Próximo. En este momento la pantalla se oscurece y aparecen las palabras «Doce años después...». En la siguiente escena, los mismos líderes mundiales se deslizan hacia un palacio monstruosamente extravagante para pedir a un autocrático presidente Erdoğan que bloquee la ola de refugiados sirios, que huyen de la guerra que el «rostro democrático del islam» ha venido atizando, con la complicidad occidental, durante los últimos cinco años. La pantalla se oscurece de nuevo y se muestra con letras relumbrantes el título de la película: *La caída del puente y el ascenso del muro*.

The Fall of the Turkish Model ofrece un análisis minucioso del fenómeno AKP-Erdoğan. Desde hace más de diez años los intelectuales convencionales, los medios de comunicación predominantes y los políticos occidentales estaban tan deslumbrados por esa imagen de la mezcla perfecta de Oriente y Occidente, que el pensamiento objetivo y las posiciones críticas se dejaron de lado. El Partido de la Justicia y el Desarrollo (*Adalet ve Kalkınma Partisi*, AKP) y su líder fueron elogiados por la creación de una democracia *bon pour l'orient*, es decir, lo suficientemente buena para Oriente Próximo, que no satisfacía, evidentemente, los estándares occidentales, pero era aceptable. En el exterior, los críticos de Erdoğan eran etiquetados como musulmanes que se odian a sí mismos, incapaces de hacer frente a su identidad. En su país, estaban al principio estigmatizados como intelectuales alienados o promotores del papel del ejército en la política turca; más tarde fueron simplemente calificados como «infieles» o agentes de la influencia extranjera. La afirmación de que un voto mayoritario equivalía a la democracia ha creado una atmósfera en la que los críticos del AKP quedan automáticamente definidos como enemigos del pueblo, sometidos a constantes difamaciones lanzadas en la red por los provocadores del AKP.

A medida que el modelo turco se ha venido empañando más y más, hoy en día aparecen más críticos, incluso los principales medios de comunicación estadounidenses. Sin embargo, como subraya Cihan Tuğal, las quejas se limitan todavía a las inclinaciones autoritarias de Erdoğan y no cuestionan el «liberalismo islámico» en sí mismo. Tuğal rastrea los orígenes del proyecto islamista en Turquía, sus éxitos en el poder y su influencia en los movimientos de otros países de Oriente Próximo, en especial en Egipto y Túnez, donde los intentos de emular al AKP se vinieron abajo después de 2011. Desde un aparente apogeo en la primera fase de las revueltas árabes, cuando parecía que los discípulos de Erdoğan iban a heredar la región, la variante turca del islamismo ha sido devuelta a su territorio de origen, donde ha recurrido cada vez más a la coerción para mantener su control. Tuğal crítica los enfoques académicos de moda que elogian la «sociedad civil» como hábitat para la movilización islamista liberal contra el Estado «secular» en Oriente Próximo. Propone en su lugar un marco genéricamente gramsciano concebido en torno a la «sociedad política», que se define como «un campo de agentes y organizaciones que tienen visiones sociales integrales». En las economías avanzadas con democracias liberales asentadas, argumenta, los partidos suelen predominar en ese campo; pero en situaciones más dinámicas será «poblado por organizaciones y grupos sociopolíticos difíciles de clasificar». La interacción de estos agentes con las estructuras estatales y civiles determinará cuál de estos tres caminos seguirá un país enfrentado a un callejón sin salida estratégico: revolución, contrarrevolución o revolución pasiva, en el sentido gramsciano de «restauración-revolución». Para

Tuğal, la trayectoria socioeconómica, política y cultural de una nación sólo es sostenible «cuando se apoya en un bloque de poder bien organizado» capaz de soldar conjuntamente «los intereses, disposiciones y puntos de vista de diversos estratos dominantes» y de movilizar a las capas sociales más amplias detrás de su proyecto.

Este marco analítico se utiliza entonces para examinar los resultados en cuatro países en los que los proyectos nacionalistas modernizadores cobraron forma bajo la dirección de elites seculares: Turquía, Irán, Egipto y Túnez. En las últimas décadas del siglo xx, los cuatro se encontraban en un callejón sin salida. Los regímenes de Egipto y Túnez habían descartado en gran medida su parafernalia nacionalista y se habían convertido en Estados clientes de Occidente, sometiéndose al Consenso de Washington; sobre todo Túnez, que era, en palabras de Tuğal, «el régimen neoliberal más ortodoxo del mundo árabe» y algo así como un arquetipo para el FMI. Por otro lado, la caída de la dictadura de Pahleví en Irán y su sustitución por una república islámica suministró un modelo, tanto positivo como negativo, para las fuerzas religiosas de toda la región. Los islamistas turcos pasaron por varias mutaciones organizativas antes de consolidarse como el Partido del Bienestar en la década de 1980; lograron aumentar su voto de manera continua, del 8 por 100 en 1987 al 16 por 100 en 1991 y el 21 por 100 en 1995, cuando se convirtieron en el mayor partido en el Parlamento. El movimiento también entrenó a una generación de cuadros a través de las escuelas religiosas *imam hatip*: «En un país donde los intelectuales habían sido anteriormente identificados con la izquierda, la aparición de estos nuevos intelectuales declaradamente musulmanes iba a ser un elemento importante en la construcción del islamismo como alternativa hegemónica».

El primer gobierno del Partido de Bienestar bajo la dirección de Necmettin Erbakan se enfrentó con el estrato dirigente kemalista de Turquía y fue depuesto en un golpe militar en 1997. Esa experiencia ayudó a cristalizar las ideas de una generación más joven de políticos islamistas agrupados en torno al alcalde de Estambul Tayyip Erdoğan, quien primero intentó asumir el control del partido reconstituido de Erbakan, del que luego se separó para formar el AKP en 2001. Como explica Tuğal, el nuevo partido se dispuso a convencer a los titulares habituales del poder en el país y en el extranjero de que no tenían nada que temer:

El AKP no iba a desafiar la prohibición del velo, se aseguró a la vieja elite. Hizo hincapié en su lealtad al libre mercado (en línea con los intereses de su propia base de apoyo cada vez más burguesa) y a la democracia parlamentaria. Los líderes también eran ostentosamente proeuropeos y comprometidos con el proceso de adhesión a la UE. Hacían frecuentes viajes a Estados Unidos.

Para Tuğal, la dirección del AKP estaba tratando de forjar «una versión actualizada de la alianza de los empresarios orientados a la exportación, intelectuales religiosos y la elite del Estado, a la cual había apuntado tradicionalmente la fracción subordinada del bloque de poder». Por encima de todo, fueron los empresarios provinciales recientemente enriquecidos de la región central de Anatolia los que proporcionaron base social al AKP en la década de 1990. Sus oficinas estaban todas decoradas de la misma manera: una réplica del puente del Bósforo, estanterías adornadas con un conjunto de enciclopedias *Ana Britannica*, y una *seccade* o esterilla barata de nylon para la oración. Cuando se les preguntaba por qué exhibían la *seccade*, la respuesta era siempre la misma: «Nadie querría hacer negocios con nosotros de otra manera». La modesta alfombra de oración era una señal de humildad y fe religiosa, mientras que la *Ana Britannica* —una promoción gratuita ofrecida por los periódicos y revistas aquellos días—, simbolizaba el respeto por la ilustración. Ese estrato de nuevos ricos abrió el camino a Erdoğan y al ascenso de su partido, ya que reclutó para el movimiento a millones de sus empleados. El relato del AKP con respecto a la historia moderna de Turquía presentaba a esas personas como la verdadera columna vertebral del país, una clase antes oprimida por al elite secular kemalista. Al mismo tiempo, el AKP tuvo mucho éxito en la movilización del apoyo de los liberales con su orientación favorable a la UE y su deseo de reducir el papel político del ejército.

La fórmula de Erdoğan le proporcionó un gran éxito electoral en 2002, con un 34 por 100 de los votos y una cómoda mayoría de escaños. En elecciones posteriores el voto al AKP aumentó de manera espectacular: más del 46 por 100 en 2007 y casi el 50 por 100 en 2011. Este fue también un período de gran crecimiento económico: el PIB per capita pasó de 4.000 dólares en 2000 a 10.000 en 2010, dejando muy por detrás a Egipto, Irán y Túnez. La variedad turca de «liberalismo islámico» era aclamada por observadores occidentales y árabes por igual como una plantilla a seguir por toda la región. Sin embargo, tal como sostiene Tuğal, el compromiso del AKP con las prácticas democráticas nunca fue muy firme: Erdoğan había gobernado Estambul en la década de 1990 con mano de hierro y las estructuras internas del partido se basaron literalmente en la divisa «un hombre, un voto»: Erdoğan era el hombre y él tenía el voto. En 2005, en un momento en que el AKP seguía siendo alabado por los liberales turcos que más tarde iban a lamentar sus tendencias autoritarias, el ministro del Interior del partido denunció una conferencia sobre el genocidio armenio, acusando a sus organizadores de «apuñalar a la nación por la espalda». Las cifras del crecimiento económico ocultaban una sociedad marcadamente desigual, donde la cuota de riqueza del 1 por 100 más rico aumentó del 38 por 100 en 2000

al 54 por 100 en 2014. El desempleo se mantenía por encima del 10 por 100 —una cifra parecida a la de Egipto, aunque ligeramente mejor que la de Túnez— y la tasa de muertes en accidentes de trabajo era sorprendentemente alta: 1.710 en 2011. La tasa de crecimiento era muy dependiente de los flujos de dinero especulativo procedente del exterior, lo que hacía a Turquía muy vulnerable frente a cualquier crisis global.

En el ámbito internacional, el sueño de resucitar el imperialismo otomano proporcionaba al provincianismo del AKP un objetivo mayor. El reconocimiento por las potencias mundiales como un «modelo» digno de seguir legitimaba el hambre delirante del AKP de influencia regional, sobre todo en los territorios que antes habían estado bajo el dominio otomano. Una campaña cuidadosamente calibrada, que combinaba la reprensión ocasional a Israel —como en Davos en 2009, cuando intervino para recordar a Peres «los niños muertos en la playa» en Gaza, sin dejar de participar en maniobras militares conjuntas con las Fuerzas de Defensa Israelíes, vio a Erdoğan convertirse en el líder más aclamado en las calles árabes: en 2009, vallas publicitarias en un barrio dominado por Hezbolá en el sur de Beirut estaban adornadas con su imagen bajo el reproche «¿Dónde están los hombres árabes?». En sus visitas a los países árabes recibía una lluvia de elogios de intelectuales y políticos, y a menudo era aclamado por multitudes de ciudadanos ordinarios. No era de extrañar si el que en otro tiempo fuera jerarca municipal de Estambul, viéndose convertido en foco de tamaña admiración, comenzara a perder la cabeza; su ego estaba tan hinchado que llegó a creer que era el elegido, y que cualquiera que se atreviera a criticarle era culpable de impiedad sacrílega.

Turquía siempre ha sido una sociedad muy dividida, tanto política como sociológicamente, hasta el punto de que hay dos tipos de aseo, *à la turca* y *à la franca*, que definen si uno es un conservador o un modernizador secular. El AKP ha ido empujando gradualmente esta sociedad frágil a un peligroso nivel de polarización. Esto ya era evidente cuando Bush y los demás líderes de la OTAN promovían la imagen del éxito económico de Turquía y su transformación democrática. El discurso de Erdoğan tras su victoria en las elecciones de 2007 era superficialmente magnánimo —«a todos aquellos que no votaron por nosotros les decimos que no se preocupen, que respetaremos su voto»—, pero el mensaje subyacente para los adversarios del AKP estaba claro: serían tolerados, pero no se considerarían iguales al resto de los ciudadanos. El círculo de simpatizantes liberales e intelectuales ex marxistas del primer ministro estaba desesperado por encontrar un mensaje democrático benigno en sus palabras; pero en el período posterior, la línea entre «nosotros» y «ellos», como insiste Tuğal, se acentuó cada vez más claramente. En

2008, Erdoğan advirtió sin rodeos: «Queremos una nación, una bandera y un Estado. Los que no aprueben esto son invitados a marcharse». Se introdujo a ultranacionalistas en la coalición gobernante; jefes medios de la mafia celebraban a Erdoğan como el «sultán».

El culto a Erdoğan llegó a su apogeo en 2011, cuando los *anciens régimes* del mundo árabe comenzaron a caer. Para el gobierno de Obama, Egipto y Túnez parecían ser los candidatos más prometedores para seguir el ejemplo del AKP: en ambos países, movimientos islamistas de larga tradición entraron en juego y ganaron las primeras elecciones abiertas, después de que Mubarak y Ben Ali fueran expulsados del poder. Los Hermanos Musulmanes tenía la historia más larga entre los movimientos fundamentalistas de la región, mientras que en Túnez Ennahda [Renacimiento] podría basarse en el perfil y las habilidades de liderazgo de Rachid el-Ghannouchi, que combina las funciones de erudito islámico y político. Tuğal atribuye la victoria de Ennahda en las elecciones de 2011, con el 37 por 100 del voto popular –cuatro veces más que los obtenidos por su más cercano rival–, al «espejismo» del modelo turco, «que había mantenido a la región bajo su hechizo durante toda la década anterior». Una parte sustancial de los electores tunecinos ansiaban «una combinación al estilo turco de religiosidad, éxito económico y aceptación a escala global», mientras que el jefe del Consejo Nacional de Transición de Libia declaró en 2012 que su país «tenía a Turquía como modelo para su propia estructura política y democrática».

Pero ninguno de los epígonos del AKP fue capaz de igualar su récord de consolidación en el poder. Tuğal atribuye ese fracaso a las diferentes estructuras de la sociedad política en Egipto y Túnez. Los Hermanos Musulmanes, con los que competían diversas corrientes salafistas, nunca habían conseguido dominar el espacio islamista en la misma proporción que el AKP; después de 2011, el Partido Nour mantuvo a la Hermandad bajo presión y limitó su capacidad de maniobra. Cuando Erdoğan visitó El Cairo en septiembre de 2011 y presentó el mensaje gradualista del AKP, con el argumento de que un Estado laico ofrecía el mejor marco político para los musulmanes piadosos, los islamistas egipcios reaccionaron con hostilidad. Eso reflejaba en parte su propio antiseccularismo, pero como señala Tuğal, «la fría respuesta era también un reflejo configurado por el equilibrio de poder religioso existente, que habría dado lugar a un mayor empoderamiento de los salafistas y la Jamaa había hecho que los Hermanos Musulmanes dejaran pasar en silencio los comentarios de Erdoğan». Éste no fue el único alejamiento de la pauta turca. Mientras que el AKP se había esforzado por mantener al ejército bajo su control, los Hermanos Musulmanes prefirieron llegar a un *modus vivendi* con los militares egipcios, denunciando las

protestas contra su papel político como *fitna*, «desorden». Eso no les salvó en 2013, cuando la torpe y autocrática presidencia de Mohamed Morsi proporcionó a los generales una oportunidad para movilizarse y tomar el poder para sí mismos. El golpe fue seguido por la represión a gran escala de los partidarios de los Hermanos Musulmanes.

Entretanto, en Túnez, el gobierno de Ennahda se vio obligado a afrontar un terreno político complejo, que incluía una de las organizaciones obreras más fuertes del mundo árabe. El asesinato de dos prominentes políticos de izquierda suscitó amargas protestas contra el gobierno. Al mismo tiempo, el partido de Ghannouchi tuvo que responder a la presión de los radicales salafistas que se habían apoderado de cientos de mezquitas y exigían la transformación de la televisión estatal y las universidades de Túnez. El AKP nunca tuvo que hacer frente a una movilización de ese tipo durante sus primeros años en el gobierno ni a la contramovilización secularista que provocó. Un amplio frente antiislamista, que incluía elementos del antiguo régimen, secularistas y una parte de la izquierda tunecina, derrotó a Ennahda en las elecciones de 2014. Este acto de clausura política no fue tan decisivo como el de Egipto el año anterior, pero ahora parece poco probable que Túnez vaya a seguir el camino de Turquía.

El cambio regional que había parecido tan prometedor para el AKP en 2011 acabó siendo así una amarga decepción. El verdadero ganador, como explica Tuğal, fue Arabia Saudita, que representa la cara menos liberal del islam. Erdoğan sólo podía contemplar con impotencia cómo el gobierno de Morsi era derrocado por el ejército egipcio con el entusiasta respaldo saudí. Las ilusiones de grandeza imperial se desvanecieron rápidamente. Después de algunas dudas iniciales, Erdoğan se alineó tras la posición estadounidense y saudí sobre Siria, exigiendo la destitución de Assad, y ha prestado apoyo y refugio a los grupos rebeldes que luchaban para derrocar su régimen. Cinco años después Assad no ha sido derrocado y el resultado más significativo del conflicto sirio desde la perspectiva de Ankara ha sido de lo más inoportuno: la aparición de una zona autónoma kurda próxima a la frontera entre Turquía y Siria, gobernada por el partido hermano del Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK), cuyos guerrilleros han estado combatiendo al ejército turco durante décadas.

La endiablada «cuestión kurda» de Turquía es ahora parte de una ecuación regional compleja. La lucha por la autonomía kurda ha sido durante mucho tiempo un factor determinante de la política turca: el golpe militar de 1980 segó a toda una generación de izquierdistas turcos y kurdos; la prisión de Diyarbakir se convirtió en un notorio centro de tortura. El PKK surgió de ese crisol como una poderosa resistencia

armada capaz de desafiar al Estado turco, que ha respondido con una política de represión militar intermitente hacia los kurdos, reconociendo muy rara vez que se trata de una cuestión de derechos democráticos. Las fuerzas de izquierda turcas han mantenido una alianza intermitente con los activistas kurdos a lo largo de décadas, aunque manteniendo su distancia del movimiento guerrillero. Erdoğan y el AKP parecieron adoptar una línea prometedora sobre la cuestión kurda hace unos años, lo que aumentó la atracción del partido para liberales e izquierdistas. En 2013, la situación en Siria se deterioró y Washington intensificó la búsqueda de aliados regionales eficaces, iniciándose negociaciones entre el líder preso del PKK Abdullah Öcalan y el gobierno del AKP, aunque los resultados se mantuvieron ocultos para el público. Sin embargo, Erdoğan ha retrocedido ahora a presentar el «problema kurdo» como una cuestión de antiterrorismo causada exclusivamente por la existencia del PKK.

El líder turco recibió en 2013 un doctorado honorario en ciencias políticas de la Universidad de Mármara, pocas semanas después de haber descartado el concepto de la división de poderes como una barrera que le impediría servir al pueblo. Esa visión teórica había sido ya puesta en práctica por su gobierno, ya que los tribunales fueron sometidos a la conformidad con el ejecutivo mediante cambios constitucionales y cientos de personas fueron encarceladas por motivos políticos. Debido al umbral muy antidemocrático del 10 por 100 requerido para entrar en el Parlamento, el poder legislativo ha sido monopolizado por el AKP. Las empresas de comunicación pasaron a manos de hombres de negocios leales al gobierno; los periodistas que diferían de la línea de Erdoğan fueron amenazados con ser procesados. Con todos los canales formales de expresión política aparentemente cerrados, la oposición al AKP se manifestó en las calles bajo la forma de las protestas del parque Taksim Gezi en junio de 2013. Tuğal concluye su estudio con un análisis de ese movimiento, que con razón ve como un punto de inflexión en la política turca.

Aunque algunos intelectuales turcos trataron de explicarlo a los medios internacionales de comunicación mediante el habitual cliché del «choque entre mentalidades religiosas y seculares», el amplio espectro de los manifestantes, procedentes de una gama muy variada de orígenes políticos, mostraba que se debía a la resistencia a la conformidad exigida por Erdoğan y su partido. La irritación que se había ido acumulando bajo la superficie había alcanzado el punto de ebullición y el concepto de desobediencia civil de masas resucitó por primera vez desde el golpe militar de 1980. Hubo un cambio inmediato y espectacular en el clima político: de nuevo se alababa la resistencia como algo bueno, bello y justo. La propia palabra «resistencia» (*direnış* en turco) volvió a entrar

en el vocabulario popular, después de haber sido borrada de la esfera pública a partir de 1980. La maquinaria de propaganda del AKP se vio desafiada por una erupción de humor político. Tuğal sostiene que el estilo de las protestas era tan importante como su variedad de clase y su multiplicidad de carácter: «Los movimientos sociales en Turquía venían siendo cada vez más coloridos y festivos desde mediados de la década de 1990, pero esta fue la primera vez que un levantamiento de masas se vio marcado por tendencias totalmente carnales».

Si bien estaba sin duda lleno de novedades, el movimiento del parque Gezi no carecía de puntos de referencia históricos. Durante las protestas, la fachada del Centro Cultural Atatürk en la plaza Taksim se cubrió con la imagen de un joven junto a una pancarta que decía, «¡Mantenerse erguidos!». Ese joven era Deniz Gezmiş, un estudiante ejecutado por el ejército turco en 1972 y que se ha convertido en símbolo de la izquierda revolucionaria. Había una ausencia notable, sin embargo: dado que el movimiento kurdo no quería desperdiciar la oportunidad histórica de las conversaciones entre los representantes del gobierno y el PKK, sus partidarios se abstuvieron en general de unirse a la protesta. Tuğal argumenta que el gobierno de Erdoğan fue capaz de desactivar el movimiento de protesta presentándolo en los mismos términos religiosos vs. seculares que los medios de comunicación occidentales: «En el imaginario popular, Gezi era contrario al AKP y, por lo tanto, antiislamista. Esta percepción fue aprovechada hábilmente por el régimen». Al concluir su análisis en los primeros meses de 2015, expresa un balance bastante pesimista del impacto genérico de Gezi: «Con el tiempo, la revuelta se calmó y los diversos intentos de convertirla en un movimiento sostenido no llegaron a las amplias masas»; a partir de entonces, la izquierda turca «se retrajo a su base de partida anterior a 2013».

Los acontecimientos posteriores han matizado un tanto ese veredicto. Aunque ninguna de las organizaciones o partidos políticos de izquierda pudieron aprovechar plenamente la movilización en torno a Gezi, a raíz de las protestas se puso en marcha una nueva red pública, *Oy ve Ötesi* [Voto y más allá], que se iba a convertir en un importante factor de irritación para el AKP durante las elecciones de junio de 2015. Sus observadores se desplegaron en todo el país para obstruir la manipulación de votos por el partido en el poder. El resultado de la votación fue un revés para el AKP, que perdió su mayoría en el Parlamento, mientras que el 13 por 100 de los votos fueron para el nuevo Partido Democrático del Pueblo (*Halkların Demokratik Partisi*, HDP), de izquierda y prokurdo. Una de sus principales consignas, dirigida a Erdoğan —«No le permitiremos ser residente»— tuvo una amplia repercusión popular. El

líder del HDP, Selahattin Demirtaş, alcanzó un marcado perfil público, ayudando al partido a superar el umbral del 10 por 100 necesario para entrar a formar parte del Parlamento.

Las ambiciones presidenciales de Erdoğan no podían ser satisfechas en el marco de un gobierno de coalición y llamó a unas nuevas elecciones cinco meses después, en noviembre de 2015, que tuvieron lugar en un clima de nacionalismo exacerbado tras la reactivación de las hostilidades entre el PKK y el ejército turco. Las razones de la renovada ofensiva del PKK no se han establecido públicamente, pero parece que los líderes guerrilleros no estaban tan satisfechos con los resultados del HDP como sus votantes. Los adversarios de la nueva ofensiva armada se manifestaron en Ankara la semana antes de las elecciones, siendo víctimas del ataque terrorista más letal de la historia turca, cuando suicidas sospechosos de estar vinculados al ISIS mataron a ciento dos personas. La policía antidisturbios agredió a los supervivientes, mientras que los ministros de Erdoğan afirmaron que los manifestantes se habían bombardeado a sí mismos. El AKP se aprovechó del pánico de seguridad nacional para obtener una mayoría de escaños, en gran parte a expensas del Partido de Acción Nacionalista (*Milliyetçi Hareket Partisi*, MHP) de extrema derecha; los votos del HDP también disminuyeron, aunque consiguió superar la barrera del 10 por 100. El mensaje de «estabilidad» de Erdoğan pudo otorgarle su victoria en las urnas, pero no ha puesto fin a los enfrentamientos armados en el sureste del país desde 2015 ni a las bombas y los atentados en ciudades como Estambul. La percepción de la vida ha cambiado drásticamente. Las organizaciones de derechos humanos han documentado cientos de víctimas civiles en las regiones de mayoría kurda desde el verano de 2015, incluyendo más de cincuenta niños. La presencia y actividad del ejército es prácticamente invisible en los medios turcos preponderantes: recientemente, un profesor fue despedido de su trabajo y amenazado por los partidarios del AKP después de participar en un programa de llamadas telefónicas en directo mencionando esas violaciones de los derechos humanos. En los círculos intelectuales hay una gran reticencia a hablar de la cuestión kurda. Turquía parece estar volviendo a los días sangrientos de la década de 1990. El discurso político en ambos lados, turco y kurdo, se ha militarizado en beneficio del nacionalismo del AKP: una vez más, se trata de una cuestión de turcos contra kurdos. La tasa de feminicidio se ha multiplicado por diez bajo el AKP. Mientras tanto, en la actualidad hay casi tres millones de refugiados sirios en Turquía. Para Erdoğan, la crisis de refugiados no es más que otra ficha en la mesa de negociaciones con Occidente, mientras que los propios refugiados, que cada vez constituyen más una nación dentro de una nación en las calles de Estambul, se hacen políticamente invisibles.

La «caída del modelo turco» anunciada por Tuğal en el título de su libro podría tener múltiples significados superpuestos. ¿Ha fallado el

modelo porque no pudo ser exportado al resto de Oriente Próximo, en particular a Egipto y Túnez? ¿Se ha debido esto a sus defectos inherentes o a que las condiciones sociales y políticas eran muy diferentes en esos países, como demuestra Tuğal? Pero por muy empañado que se vea ahora, no debemos suponer que el modelo político del AKP ha «caído», en el sentido de ser incapaz de mantener el poder o el apoyo de las masas. Sus seguidores han acabado convenciéndose de que los derechos sociales son una forma de caridad política, que sólo debería estar disponible para los que votan al AKP. Se ven movilizados por una gigantesca máquina de propaganda que promueve un odio visceral contra los adversarios del partido; Erdoğan puede incumplir sus promesas cada vez que lo crea conveniente y cualquier persona que se atreva a denunciarlo será señalada como parte del enemigo. Los líderes del AKP consideran perfectamente aceptable incitar a la multitud a abuchear a la familia del quinceañero Berkin Elvan, muerto por una bala de la policía durante las movilizaciones de Gezi. El Tribunal Constitucional turco también fue anatematizado cuando ordenó la liberación de los periodistas Can Dündar y Erdem Gül. Entre agosto de 2015 y de febrero de 2016 sesenta personas fueron acusadas de insultar a Erdoğan y procesadas, enfrentándose cada uno de estos «criminales» a un año o dos de cárcel. Recientemente, una mujer acusó a su marido durante su proceso de separación de insultar al presidente, con la esperanza de conseguir cierta ventaja en el proceso de divorcio. Los propietarios de empresas de todo tipo se mantienen obedientes, viendo la espada del AKP pender sobre sus cabezas.

El clima de servilismo hacia Erdoğan puede dar lugar a momentos de humor negro. Cuando el jefe del AKP declaró en un discurso que Turquía no tenía necesidad de redes móviles 4G, ya que podría saltar directamente de los 3G a 5G, una de las compañías de telefonía encargó vallas publicitarias con anuncios de «4,5G» –una tecnología que no existe– antes que contradecir el presidente. Paradójicamente, dado que el AKP ha cultivado una imagen de sí mismo como el liberador de Turquía de la hegemonía militar, esta visión de la política muestra un gran parecido con la promovida por los generales que tomaron el poder en 1980. Ellos también trataron de cultivar una generación de turcos «sin ideología», esto es, conservadores, nacionalistas, devotos y obedientes, y dispuestos a abrazar la economía de libre mercado bajo el mando de la OTAN. El culto al líder promovido por Erdoğan y sus discípulos de hoy ha echado raíces en ese suelo social y político.